

Brecht en Barcelona

Un día del verano pasado me pasé por el centro de la ciudad. De repente escuché unas palabras que me resultaron extrañamente conocidas. Y justo antes de doblar por la esquina y llegar a la plaza Sant Jaume me acordé del poema. No me lo podía creer. Sin duda era la voz de Bert Brecht amplificada por un megáfono en manos de un hombre desconocido.

Recitaba la loa de la dialéctica y a pesar de las palabras transformadas en otro idioma me llegaron hasta dónde es capaz de llegar la poesía comprometida del veterano alemán. ¿Y qué hacía este hombre bajito y medio calvo bajo un sol de justicia, leyendo los versos de un poeta ya muerto desde 50 años en pleno centro de Barcelona?, me preguntaba. Me paré y sólo entonces vi a un grupo de gente aparentemente vinculado entre ellos y a su vez con el hombre del megáfono. Eran unas quince personas de edad mediana. Entre ellos levantaron una pancarta pidiendo justicia por un chico encarcelado que además se encontraba en huelga de hambre. Debían ser sus padres y algunos amigos, pensé. Me acordaba del caso que había ocurrido meses atrás. Unos ocupas jovencísimos resistiéndose al desalojamiento, un policía gravemente herido, un lamentable accidente, sin embargo, algunas detenciones rápidas sin pruebas concluyentes y después el silencio que siempre sigue a la tragedia. Mientras escuchaba los versos me acordé de algo parecido, ocurrido años atrás en otro país, en circunstancias similares, ...con pasos firmes se pasea hoy la injusticia. Los opresores se disponen a dominar otros diez mil años más. La violencia garantiza: todo seguirá igual. No se oye otra voz que la de los dominadores,

Brecht en Barcelona

y en el mercado grita la explotación: Ahora es cuando empiezo... La voz de Brecht y la indiferencia de los transeúntes llenaban la plaza. Pensé que a pesar de los tantos años ocurridos después de haber escrito el poema las cosas no habían cambiado mucho. Y también pensé en este momento que a Brecht le hubiera gustado este recital de verano en Barcelona. Meses después asistí en un homenaje al poeta en el Goethe-Institut de la misma ciudad. Llegué tarde. Era uno de estos actos semioficiales que siempre tienen un aire intencionalmente improvisado. La sala de actos se había vestida de terciopelo rojo. En la entrada servían copas de cava y zumitos. Las mesitas, decoradas con servilletas de papel y cubiertas con platitos de cacahuetes y galletas saladas ya estaban todas ocupadas. Se respiraba un ambiente como en un cabaret berlinés de los años treinta, claro está, con algunas modificaciones debido al progreso tecnológico transcurrido desde entonces. En una pantalla apareció una mujer joven recitando un poema de Brecht en el pasillo de una estación de metro de Barcelona. Un hombre echado en un sillón canturreó la canción de Alabama en inglés y otro hombre tocaba una melódica, un instrumento que a mí nunca me ha convencido. Todo esto me pareció algo infantil aunque divertido. Miré a mi alrededor. Hubo mucha gente mayor, pocos jóvenes. Una fiel representación de nuestro dilema demográfico, pensé. Desde la pantalla se oyó Preguntas de un obrero ante un libro, recitado de memoria por un profesional, un actor tal vez o incluso un escritor conocido. De repente sentí un gran alivio sabiendo que Brecht murió antes de darse cuenta que los obreros ya no leen. Tampoco llegó a saber que los obreros como él se los

había imaginado fueron borrado del mapa histórico. ¿Quién podría explicárselo como él lo hubiera hecho? En este instante me di cuenta que no sólo los obreros de Brecht sino también las preguntas ante los libros habían desaparecido del mundo. De pronto la pantalla se vacía y la sala quedó en blanco. Algunos aplaudieron. Después de una pequeña pausa una señora con pinta de cantante de Jenny las de los piratas envejecida se levantó y subió del escenario, un micrófono en la mano. Hubo murmullo en el público, algunos gestos de consentimiento. Pareció ser alguien conocido, al menos entre los presentes. Lo que Brecht significa para mí, dijo con voz casi quebrada, mirando al vacío. Silencio. Después, con la voz ya recuperada añadió, lo que significó y todavía significa para todos nosotros... Hizo un gesto con su brazo libre que incluyó tanto su propia juventud como la de los demás. Alguien suspiró. Otros aplaudieron. Sólo en este momento sentí la muerte del poeta como un hecho irreversible. ¿Pero quién sabe? Puede que dentro de 50 años alguien doblará una esquina en pleno centro de Barcelona, y se encontrará con el poeta entonces muerto desde 100 años. Y con un poco de suerte le ocurre lo mismo que a mí en ese día caluroso de verano. Por un instante me hizo dudar que la muerte exista.